

Jesús Gaspar

Bruxaria

ZAJINSKI/NASSÄEV



Ediciones
Irreverentes

JESÚS GASPAR

BRUXARIA

ZAJINSKI/NASSÄEV

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Jesús Gaspar, 2010

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Julio de 2010

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-60-6

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

SUMARIO

El proceso de Vladimir Storkiærken Nassäev, condenado a la horca durante la dictadura de Postyn por el asesinato de Margot Fuentes, apenas si tiene precedentes en la historia jurídica de Svetania. El revuelo que despertó en la opinión pública del país puede considerarse notable si atendemos al elevado número de personas que acudieron durante las sesiones del juicio a las puertas de la Corte Suprema de Bolar-na, pero fuera del país este intrincado proceso judicial no fue seguido por nadie, ni periodistas ni misiones diplomáticas de ninguna otra parte del mundo.

La Constitución de Svetania permitía en tiempos de Postyn, de manera muy excepcional, la pena capital¹ que consistía en la muerte por ahorcamiento e incluso el uso de la hoguera, también para mujeres, cuando se trataba de delitos políticos de alta traición. Probablemente el uso de la hoguera en Svetania como pena aflictiva, aplicado a las mujeres, se remonta a oscuros orígenes cristianos desde la Edad Media hasta las guerras dinásticas y disputas sucesorias entre los Habsburgo, el elector de Sajonia y la casa de Brandeburgo, cuando todavía existían profundas disensiones religiosas internas en algunos principados de la Alemania calvinista del Norte, ya bien entrado el siglo XVIII, tiempo en que fue temporalmente abolida esta práctica en muchas regiones septentrionales de Europa. La costumbre, debida sobre todo a la influencia germánica en Svetania de las comunidades desplazadas desde los tiempos de la batalla de Mühlberg y los genocidios ocurridos en la Selva Negra durante la guerra de los treinta años, se fue extendiendo por el país a través de las sucesivas oleadas de gentes que fueron llegando para su colonización.

La secta de los místicos, descendiente directa de cátaros, teutones y templarios, según han hecho notar algunos destacables y autorizados sabios eruditos, dio origen

(1) La pena de muerte estuvo abolida en Svetania entre 1988 y 1991 durante el gobierno provisional de K.J. Kälmar como consecuencia de los procesos de reforma iniciados con la Perestroika y la Glasnost en la desaparecida Unión Soviética.

a una singular persecución de «brujos» en Occidente que dura aún, secretamente, en nuestros días. Vladimir S. Nassäev se declaró seguidor e integrante de esta secta en el proceso que contra él se siguió en la Corte Suprema de Bolarna en junio de 2004 por hechos sumariales ocurridos el mes de mayo del año anterior. El Jurado no pudo tener en cuenta la circunstancia de la pertenencia del acusado a la mencionada secta para basar su convicción de culpabilidad y así les fue indicado a los miembros del Jurado por el Tribunal, que advirtió, expresamente, la prevención que habían de observar para fundar el juicio de culpabilidad, pues en Svetania, de manera muy formal, casi ritual, la libertad de cultos ha sido y es uno de los pilares más importantes que todas las Constituciones respetaron, incluso en tiempos de los dictadores².

En todo caso, Vladimir S. Nassäev fue condenado a la pena capital siguiendo el Tribunal escrupulosamente el veredicto del Jurado, pues las circunstancias especiales de «salvajismo» y las huellas no borradas de una larga profusión de «ritos de sangre» sobre el cuerpo de la víctima hizo que el Jurado se inclinara, unánimemente, por solicitar la pena capital para el reo. Durante el proceso, los abogados de Vladimir S. Nassäev defendieron el veredicto de inocencia sobre la base de que las pruebas incriminatorias encontradas habían sido puestas intencionadamente por la propia víctima, Margot Fuentes, antes de que ésta se suicidara. Los abogados de Vladimir S. Nassäev trataron de demostrar en el juicio, presentando a un prestigioso cirujano de la Academia Rusa de las Ciencias, la existencia de seres conductores o psicopompos, a los que, genéticamente, pertenecía el acusado. Durante la Edad Media en la Selva Negra y en otros tantos puntos equidistantes de la vieja Europa se produjo una mutación genética en determinados individuos que desarrollaron una especie de enfermedad llamada nieve cósmica, de la que tan sólo se conocen un pequeño y reducido número de casos clínicos científicamente comprobados. La mutación produjo en los individuos que la sufrieron la alteración de un cromosoma específico y la transmisión comenzó a producirse de padres a hijos, a través de las hembras. En Svetania habían sido detec-

(2) La Glasnost y la Perestroika influyeron también decisivamente en el proceso de secularización institucional durante el tiempo en que Svetania permaneció bajo la égida de la Unión Soviética.

tados, desde el inicio de la década de mil novecientos noventa, hasta diecisiete casos de esta enfermedad, según informó el Profesor al Tribunal y a los miembros del Jurado, que consistía en una lenta paralización de las funciones orgánicas superiores como consecuencia de un estrechamiento arterial provocado por un acusado descenso de la temperatura sanguínea con fenómenos de cristalización globular, a los que la enfermedad debía su nombre científico. El prestigioso profesor había investigado durante más de dos décadas esta extraña enfermedad, contando únicamente con los escasos medios que le proporcionaba, al principio el gobierno soviético y, más tarde, los sucesivos gobiernos pro soviéticos de la República «independiente» de Tartaristán: una enfermera y la secretaria particular del departamento de Neurología del Hospital de Kasán³ donde trabajaba, que era su mano derecha. Además de la colaboración de sus ayudantes, el Estado nunca puso a su disposición otros recursos que un abogado del Comité de Disciplina Médica, especializado en asuntos jurídicos relativos al internamiento de enfermos mentales crónicos. Para realizar sus investigaciones este reconocido científico estuvo desplazándose durante años a puntos geográficos diversos, a veces muy distantes entre sí, llegando a alcanzar una comarca del sur de Svetania próxima a la región de Bolarna, donde se había detectado un número inusual de casos clínicos de la enfermedad. Sin más apoyo institucional ni humano que el de su propio equipo de trabajo del departamento de Neurología del Hospital ruso, el prestigioso profesor realizó experimentos y análisis en diferentes individuos que o bien presentaban algunos síntomas de la enfermedad o pertenecían a familias donde se habían dado casos comprobados, pues los síntomas podían ser contrastados genéticamente mediante análisis de laboratorio.

De lo que el profesor no pudo convencer al Jurado fue de que estos individuos llegaran a desarrollar potencialidades mágicas y, mucho menos aun, que fueran incapaces de causar daño, como el profesor sostenía con enérgica firmeza delante de los miembros del Jurado, pellizcándose injuriosamente la barba, mientras explicaba su tesis con precisión. Durante el informe fueron citados ejemplos de atrocidades

(3) KASÁN. Vieja ciudad universitaria capital de la región de Tartaria en la U.R.S.S.

históricas cometidas por las autoridades de los países más civilizados del mundo contra miembros de la secta de los místicos, lo cual tampoco sirvió de nada para conmover al Jurado. El hecho de que la mayoría de estos sucesos hubieran terminado siempre en la boguera pudo haber influido en el Tribunal para que fuera descartada la imposición de esta pena, prevista por la Constitución de Svetania sólo para casos muy especiales, en recordatorio de la libertad de credos promulgada desde las primeras Constituciones de la nación⁴.

*Vladimir S. Nassäev debía haber sido ejecutado dentro de la primera quince-
na del mes de febrero del año 2005, pero el rápido desarrollo de su enfermedad impidió la ejecución. En el invierno del mismo año en que se falló su proceso, Vladimir S. Nassäev fue internado en un sanatorio institucional de Bolarna, dependiente del Servicio Estatal de Prisiones, de donde no salió más. Tras fracasados intentos de las autoridades por aclarar su muerte ocurrida en una de las celdas del sanatorio, el caso del asesinato de Margot Fuentes fue finalmente sobreseído, pese a los indicios de complicidad de la madre de Margot en el crimen de su hija. La madre de Margot permaneció rebelde en el extranjero durante todo el tiempo que duró el proceso y la orden de búsqueda dada por la autoridades svetánicas no fue anulada hasta que Jacqueline Fuentes compareció ante la Corte Suprema de Bolarna en enero de 2005.*

La muerte de Vladimir S. Nassäev ocurrió en las mismas fechas, pocos días antes del término previsto para su ejecución, que había sido suspendida por el Tribunal sentenciador debido, como someramente se informó a los escasos y depurados medios de comunicación del país, a la aceleración de los síntomas de su enfermedad.

La tumba de Vladimir Storkjærkn Nassäev no puede encontrarse en ninguno de los cementerios de Svetania. Margot Fuentes fue incinerada en San Martín⁵, cuando su madre repatrió el cadáver al comienzo del proceso, antes de ser acusada de complicidad por la Cámara de Instrucción de la Corte Suprema de Justicia de Bolarna.

(4) La Gladnost trajo también algunas reformas en el proceso penal del país, de carácter fundamentalmente humanitario.

(5) Isla perteneciente al grupo de las Antillas holandesas. Las otras islas principales de ese archipiélago son Curaçao, Aruba y Bonaire.

Bruxaria

POR LYUBOMIR NASSÄEV

*A S.M.M.F. en su exilio de Occidente
y a mis amigas Celia, Maika, Danielle,
Jacqueline, Zilda, Verónica, Fernanda, Beti...*

PRIMERA PARTE

A cada paso, el estertor del bosque como un aullido de perros enloquecidos va acercándose a la celosía de la ventana donde Margot escribe. Las noches oscuras de Priscila comienzan a encenderse, van tejiéndose lentamente en la imaginación abotargada de Margot como un suave olor en la repisa, parecido al hielo. Pero no me refiero al hielo del invierno que congela las carreteras y las montañas. No es de ese hielo que hablo, sino de uno más profundo que hay en el corazón de piedra de Margot: no tiene recuerdos...

El viento va a golpear en las solapas de cuero del abrigo de su amigo cuando ella abra la puerta y el hechizo¹ de las estrellas se cuele por el umbral como un visitante desconocido o un viajero inesperado que regresa en mitad de la noche... Carreteras que, sinuosamente, descienden desde la dirección opuesta por donde llegó el viajero y se pierden por desfiladeros desaparecidos, collados, vertientes escarpadas por donde trepa aullando un viento silbante recortando las verticales simas, para cruzar más allá, a los calveros helados donde enmudecen los enebros en la soledad de un espacio sin noche.

Hay una magia, un bidón ocupado por demonios cerca del río, que permite ver todo esto, junto a las puertas. Los perros siguen ladrando en el patio que está detrás del escritorio de Margot. Ella deja que su amigo deslice la mano a través de su nuca y luego por el interior de la blusa bajando hacia el vientre...

Margot sobrevive entre los recuerdos de ellas azuzando la memoria en las llamas de las lámparas que no se extinguen durante la noche:

(1) En el manuscrito original de Nassäev aparece la palabra portuguesa "feitiço", que luego se elimina en la versión final de la obra.

cuartos donde todavía jadean... pañuelos de estampadas violetas a los pies de su cama. El río continúa sumergido mientras tanto, más oscuro, más hondo, como un pozo de enebros... vacíos destellos de cuernos en el bosque se cruzan en el aire, idénticos a los que salen del interior de la blusa que palpa el extranjero con ojos sumisos delante de los libros.

Alrededor de Margot, sombras coaguladas por el tiempo de relojes antiguos en el reflejo diabólico de las lámparas, justo debajo de los techos.

Las noches vuelan deprisa. Priscila goza en medio de la oscuridad de su cuarto donde una tenue luz en el centro permite ver a Margot el cuerpo desnudo de la hembra, las líneas negras del contorno levantadas sobre la cama, desde las rodillas hasta la nuca, y las manos de los hombres que la están tocando en la oscuridad.

Margot viaja ahora en autobús con destino a Bejbël, la capital administrativa de Svetania. Ha dejado tras de sí a su amante y ahora extiende sus caderas sobre el asiento, dejando posar de lado sus muslos para que el hombre que la ha estado observando mientras subía en el autobús, acaricie obscenamente con la mirada, la silueta, el dibujo que de ella percibe en esa piel femenina debajo del suéter o del pantalón vaquero, que usa sin bragas, sin costuras que la opriman.

Margot está escuchando las noticias de la radio pero sabe que él la observa minuciosamente. No deja de observarla en ningún momento. Mi protagonista ha decidido confundir sus pasos entre la gente y sólo presta atención a mi amigo que tiene algo de vulgar, algo sucio, que la atrae. Ha dejado de mirar ella misma entre sus piernas y de sentirse observada. Ahora está oteando el paisaje en el cristal con la mirada

quizá vuelta hacia aquellos recuerdos que el tiempo le ha ido robando como un ladrón de cajas²...

La luna ha despertado en mi conciencia a Margot, repentinamente. Margot no puede dormir esta noche. Padece insomnio, un insomnio muy fuerte que la lleva, a través de cuartos desaparecidos donde, sucesivamente, se entrega a hombres y mujeres, incluso a un perro amaestrado por su amo, idéntico al que había en el cartel del circo al pasar la última población del trayecto, antes de llegar a Bejbël.

En la estación de autobuses de la capital, a su llegada, Margot lleva una ropa muy ligera. Nada la detiene. Pasea, indiferente, un aire de modelo que gusta a las azafatas, a las camareras de las cafeterías por donde cruza, a los taxistas que esperan a la salida de la calle.

«O rei da Amaralina³, Señor del Pagalú⁴, príncipe de las oscuras moradas...»
Pasó una voz levemente de una estancia a otra como el eco alejado de un trueno, como si no existiera la voz. Luego de cesar esos fragmentos de sonidos mutilados, abrió otra voz diferente, perturbadora, proveniente de una estancia interior, más al fondo... *«Macumba⁵, ¡voleure, voleurre⁶!»* De nuevo, al asomarme, pude escuchar la misma voz del principio recorriendo las estancias como un conjunto o coro de voces que repetían: *«...Eniardi desfiguraba la serpiente que jugaba con las demás cosas que no se veían. Pero la cinta dela em sua boca... y queríamos comer tierra.»*

(2) Existe un cuento de Nassâev publicado en ruso titulado "Historia del ladrón de cajas" donde, con exhaustiva brevedad, se narra la historia de un comerciante casado de la región de Smolensko, en el camino de Moscú, que acostumbraba a cambiar de sitio, sustituyendo unas por otras, las cajas y embalajes de su almacén, igual que hacía en su vida privada con las mujeres.

(3) Amaralina. Barrio situado al sur de la ciudad de Salvador de Bahía en la República Federativa del Brasil. También es el nombre de un municipio brasileño en el estado de Goiás.

(4) Pagalú. Isla africana en la Guinea ecuatorial española. Annobon es el nombre con que los portugueses bautizaron a la isla.

(5) Macumba. Del portugués. Sinónimo de *la bruxaria*.

(6) ¡voleure, voleurre! Del francés. Traduciríamos al castellano por la expresión *¡al ladrón, al ladrón!*

La voz perturbadora, grandilocuente, que parecía mostrar ser la de Eniardi, se oyó del otro lado de las puertas con más fuerza, detrás del chirrido contiguo de los goznes: «*Macumba, voleure, voleure!*». Seguidamente, hizo una invocación, antes de partir, como el viajero que sabe que no va a volver: «*Os bruxos deixan caer la cítara en el bosque y nadie la encuentra: Soares, Martins, Ferreira, Cardoso...*»

Se oía en todo el recinto como el retumbe de un trueno, un trueno poseído, femenino, viril, cargado de voces desapareciendo en los pasillos o en las habitaciones... «*La cinta dela pegó en la sua língua. La mujer con ojos de pájaro ha regresado de un lejano lugar donde ni siquiera los cuervos la evocan. O chivo dormía cerca de ellos...*»

Sobre el mismo lugar apenas nada podía verse, ni siquiera un palmo de tierra o de luz.

Una viga recorre el falso techo de la habitación y otra lo sostiene en el centro delante de un baúl. Hay un espacio detrás de la viga que ella no recuerda haber visto antes, tal vez porque no existe realmente. Y, sin embargo, de repente, el espacio que ella no recuerda haber visto cobra formas visuales de indudable verosimilitud: formas reales como por ejemplo un espejo curvo, cuyo cristal muestra a Margot una mujer sin ropa sentada sobre una silla, atada a una viga con una cuerda negra. Sus pechos están oprimidos por la cuerda que rodea también su cuello. Una bola de goma ceñida por una correa alrededor de la cara tapona la boca de la mujer con los ojos en éxtasis y Margot puede llegar a ver la mano del hombre que está masturbando a la mujer. Como los ojos extraviados de la mujer atada, Margot se pierde por los huecos de la estancia hasta llegar a una puerta sin hoja donde una intensa luz, aflojada en el umbral, protege el interior y lo que en él se contiene.

Al penetrar en ese espacio, Margot ha perdido la memoria del objeto que retenía su atención hasta ese momento: la mujer derramando su saliva por la boca apretada contra la bola y sus ojos perdidos en un iris azul parecido a la noche. Margot no ha vuelto a ver más a la mujer ni los miembros del hombre cerca de ella. En una zona oscura levantada sobre el resto del suelo hay otra silla donde se concentra la luz. Una silla desamparada y sucia encima del tablado de madera y restos de escombros sin barrer. No hay nadie alrededor de la silla. Solamente llega a escuchar como una voz sorda, apagada, pero que viene de muy adentro...

«*¡Eniardi, Guillaume, Philipp, Domeniche! ¡santé!*» «Santé» y «Eniardi» son las únicas palabras que Margot cree recordar haber escuchado en la habitación del espejo antes de que las manos del hombre, sus piernas y los ojos desvanecidos de la mujer atada a la viga desaparecieran.

Ahora Margot está en el umbral del cuarto contiguo frente a la luz, esperando que alguien, de un momento a otro, le indique que se desnude y se siente en la silla que está justo debajo de un ventanuco observado por ella por primera vez. Espera que la violen y la golpeen los hombres que están escondidos cuando le sea indicado.

Sobre la luz del ventanuco un gato oscuro escapa por la teja estirado para evitar que le alcance el brillo homicida de la luna que tiembla sobre el tejado como un bailarín. En las afueras del bosque un denso humo se concentra y sube hacia arriba en una columna retorcida que asemeja una escalera de caracol. Alguien está quemando leña en un claro, algo que Margot no podría percibir sino fuera por la voz que escucha del otro lado de la puerta: «Macumba, ¡voleure, voleure!...» Los gritos de ella, de la mujer atada, se oyen también adheridos a las paredes de

(7) Santé. Del francés: salud.

la otra habitación. La voz de Eniardi, tempestuosa, rebota con ferocidad en un vasto eco que entumece los oídos: «*Macumba, voleure, voleure!...*»

Margot se desnuda y va hasta la silla donde se muestra soez pellizcándose los pezones y el clítoris, mientras dirige una mirada de invitación a las sombras. «*Macumba, voleure, voleure!*» ...Y la voz de Eniardi mezclada con los gritos de la mujer se pierde resonando por las paredes huecas y desciende bajando la escalera por la que subió Margot antes de ser sodomizada por tercera vez en ese mismo día.

En vano intenta luchar Margot con sus fantasmas. Insípidos, los restos de semen esparcidos excitan el hocico del perro que se relame y se revuelca cerca del muro de la ventana donde hicieron mear a Margot. Pero es preciso que explique que la ventana está casi a ras de suelo, cerrada por un mosquitero y que el falso techo deja aún ver los machones de las vigas entreabiertos en una claridad opaca que transmite la luz de una débil bombilla en el centro, cayendo extenuada sobre la silla en la que está sentada de nuevo Margot.

Los perros agazapados en sus rincones, en la parte de atrás del patio, continúan ladrando durante toda la noche. Seguirán ladrando durante el día y durante las noches siguientes y ni siquiera los gritos de Margot y de Priscila, desde sus cuartos, podrían servir para hacerlos callar.

Cuando Margot sube arriba con un amante distinto del extranjero, un amante desconocido, las luces de los dormitorios se encienden y se apagan como movidas por manos huecas o invisibles. Alguien pretende estorbar a Margot. Pero ella desea entregarse y no le inquieta la oscuridad. No le importa dejar de ver el rostro del desconocido por un momento mientras éste la toca en los cuartos de arriba.

Un paseo bajo la lluvia brumosa, una tarde en el balanceo nervioso del piano de Chopin oculta el pensamiento de Margot en el soto del río

donde se aman las cigarras. La lluvia como sombra del sueño hacia poniente, brumas doradas y violetas en los ojos de Margot que contempla, bajo una exigua luz, el cuerpo desnudo de Priscila. La luz no duerme... No duerme tampoco el atardecer, como un insomnio de tainas pisadas florece en los tejadillos con macetas, mostrándose alegre en una extraña sonrisa para los recién llegados. Acaso ella persiga la inocencia en el reflejo de las últimas brasas que espejean el sueño y después, la sombra, que no deja de mirar a Margot desde la ventana, como una ola, se abandona en la caída del bosque tras el barranco de la montaña.

La sombra del abeto que hay detrás de la verja de la antigua casa de Anatolsky ha envejecido prematuramente como esta primavera que viene cargada del denso perfume de los avellanos, mientras la nieve se pudre en los ventisqueros helados de las montañas limítrofes... Es como si el viento no fuera el mismo que rozaba la cara de Anatolsky hace veinte años cuando pasaba con su rebaño delante de la iglesia...

El extranjero ha detenido su coche frente a la casa donde duermen las chicas, escondidas como el silencio en la grama y el estornino azulado en la nieve de las montañas. Tiene la voz ronca cuando llama a Priscila para que salga a la puerta. Un mechón de cabello negro cae junto a los ojos de maíz de ella, al asomar su cabeza, haciéndole una señal para que espere.

No hay nada en el vacío de las ventanas de la casa cerrada de Anatolsky, una bruma de pesadas puertas que nunca se abren, barro y ortigas alrededor de sus muros de adobe, debajo del abeto y su callado temblor.

Hundidos paralelos en la geografía horizontal de Vladimir⁸. Su vida, la memoria fragmentada de su pasado, segmentos de un meridiano dis-

(8) A partir de este momento desaparecen del texto, casi por completo, hasta el final, las referencias al extranjero que va cobrando forma en la personalidad de Vladimir, el personaje central de la novela junto a Margot, la protagonista de Nassäev.

continuo, traza a veces círculos en torno a algunas coordenadas que emergen inexactas, igual que el abeto de Anatolsky, en algún punto donde no deberían estar, un mapa de colores borrados donde una línea, siempre fija, de montañas, avanza hacia el Oeste⁹, una quijada de res muerta en la pradera soportando el llanto de las fraguas en el pedernal que se vislumbra entre las formas del crepúsculo, cuando se cae el viento y la sombra de la quijada va izándose en el espesor de la noche en un muro sin relieve ni fin.

Vladimir recoge a Priscila y salen por la dirección del soto hacia la carretera. Nadie puede verlos a esa hora, ni siquiera los estorninos que, con sus ojos color cobalto, lo ven todo desde hace siglos en huecos que, desprendidos del origen, dejan sólo ver nacer las sombras y serpear en el aire carcomido los débiles espíritus de los muertos.

Al cruzar a la altura de la iglesia, rodeando la pared del camposanto, él recuerda, oscuramente, las tumbas, las cruces hechas trizas, arrojadas al muladar contiguo. Todas estas impurezas pueden advertirse en el color glauco de los ojos de Vladimir, en sus vestidos, hasta en algunos gestos desaliñados cercanos a su ropa. Lleva en su mano derecha una sortija de plata hallada en el lugar de una de las tumbas, un reflejo frío de metal escarbado en el viento, sol de tardes albicelestes en el recuerdo de las tainas y los muertos abandonados.

Vladimir y Priscila viajan juntos ahora camino de la ciudad cuando empieza a oscurecer y las formas se vuelven decididamente imprecisas.

Cuando contrariamos a la naturaleza, desafiando su curso, es posible presentir el mal en forma de espacios desarbolados, colinas amarillentas, verdes desaparecidos... misteriosos laberintos que conducen

(9) El uso de mayúscula en la palabra Oeste ha sido respetado, tal y como aparecía en el original.

siempre al mismo punto. La estrella no puso huevos cuando ella miraba recostada desde el canapé por la ventana del club las últimas pulsaciones de la mancha incandescente de poniente y, al tiempo, un halo de luz detrás de las montañas escondía las cosas dentro de un espacio inalcanzable, que nunca puede verse. Acaso un estallido de luz más atrás podría conmover el corazón de Vladimir, pesado como una mancha hueca. Es difícil diferenciar los terrenos que ocupan los muertos de aquellos que sólo pertenecen a los vivos. Vladimir sabe esto y otras consideraciones desde que mataron a sus padres en el exilio. La sombra de arco que tejía el cuerpo de Priscila en la tarde recordaba el mismo punto de encuentro que era la casa de Anatolsky, la cual, inexplicablemente, tenía ahora puestos sobre la tierra dos abetos. Tan sólo una semana antes, la línea vertical de un único árbol rectilíneo se había presentado al corazón de Vladimir como una vaga sombra... Los gorriones abandonaron las tapias de los muertos cuando se fue el sol, pero Vladimir recordaba un niño y una niña jugando en el jardín al mediodía. Una luz espléndida, de oro, bañaba a los niños y, de pronto, apareció detrás de la puerta un muchacho, casi un hombre, sin relación aparente con aquellos niños. Vladimir pensó luego que pudiera ser el hermano mayor de los dos niños pequeños, que parecían gemelos, como los abetos, pero los gemelos eran rubios y los árboles tampoco eran iguales. Algo asomó en el corazón de Vladimir que le hizo, de pronto, poner en marcha el coche...

Borinque¹⁰, un espacio sin aire alrededor del mar, tenderetes al viento columpiándose por las azoteas y los sotaôs¹¹. Un aire cargado de meridiana blanca adorna ahora los ojos de Vladimir con flores de los

(10) Puerto Rico. Por las notas del original de Nassäev y otros pasajes de la novela podemos pensar que hace referencia a un barrio existente en la capital, San Juan de Puerto Rico, que lleva ese mismo nombre.

(11) Del portugués: buhardilla, ático.

avellanos recién caídas,¹² las lilas prometiéndose en el paisaje de nieve y de montañas que todo lo envuelve con singulares manos.

Hay un entierro de brujas a lo lejos... Se advierte por el espesor del humo que asciende de la breña y el matorral detrás del río. Pero, en realidad, Vladimir no está viendo esto exactamente. Solamente Margot con sus prodigiosos dedos palpando el vientre de un varón es capaz de ver lo que sucede realmente. Angelina con sus rubios cabellos dorados de azafata madura espera en la ventana de una de las casas que da a la plaza del pueblo para que venga a recogerla Vladimir antes de la hora del entierro, que será por la tarde, y, mientras tanto, ellos se entregarán a su sodomía en un hotel de la ciudad cuando el cortejo esté pasando por las calles del pueblo a la misma hora. Sobra decir que Vladimir y Angelina desean este encuentro, pese a los pormenores casuales que lo rodean. Por eso salen temprano bordeando el río por el soto del pueblo, muy alejados de los límites¹³, en la tramontana, al otro lado de las tierras pardas de Anatolsky... Jacintos y mechones de pelo sobre las tumbas de los muertos a la hora en que Vladimir posee con brutalidad las partes traseras de la rubia Angelina. Sobre el sudor de Vladimir, cantos de estorninos cruzando el bosque, un silbido como el del viento en las tapias al caer la noche, que es el lenguaje de los muertos, la lengua que el extranjero mejor conoce, pues no en vano es la lengua que le enseñó su madre en el exilio antes de morir, cuando todavía era joven.

Un arrebol de menguadas hojas prende en la cautividad del viento, sabor de endrinos, cantos de búhos y frutos de sílabas iguales, una cimi-

(12) En el texto original de Nassäev sigue literalmente: "y todos quieren vender sus encantos..."

(13) Aquí Nassäev parece utilizar un recurso poético, pues la distancia que separa este punto de Svetania de otros por los que discurre la acción de la novela es escasa, a juzgar por la información que el propio autor suministra a la narración.

tarra en su nariz... Todo se ha adormecido en una especie de galbana amarilla que discurre a lo largo de las piedras y los muros, el césped, los animales... Os bruxos¹⁴ dejaron el río al amanecer y un rastro de hogueras encendidas en el bosque... Cabañas en el aire alveolado de la mañana, cercanas a los pozos, rayana, la mies macerada por el sol, mientras alguien con sus pisadas merodea en la proximidad de los muertos...

Nómadas en el exilio de los muertos. Esfinges protegidas por la llanura a lo largo de imprecisos inviernos, infranqueables límites que no pueden verse. Vladimir se encuentra solo, sumergido por las aldeas como si buscara una presa. Tal vez sea cierta la leyenda de que en estas tierras solitarias los lobos mal amamantados, cuando crecen, aúllan despiertos hasta el amanecer. ¿Quién sabe? Quizás Vladimir conozca ésta y otras cosas en su aislamiento. Las zarzas amarillentas, los cercados, los cortes y las cuadras que sirven para guardar el ganado, pilastras de madera cagueteadas por los flancos y pelos de animales muertos... Estos son también algunos de los borrosos límites de la geografía de Vladimir, abruptas fronteras que, a veces, caen cerca de los torrentes como una pared en la montaña, a la que no es posible asirse.

Ha oscurecido en la ciudad y los abetos de Anatolsky, no lejos de ella, están erguidos bajo el frío resplandor de la luna. Un persistente y tupido manto de niebla los envuelve. Margot, dentro de su casa de las montañas, sube las escaleras del piso superior. No encuentra ningún obstáculo a su paso y se introduce por el corredor hasta el fondo de una estancia adormecida, volcada en la penumbra... Desvaídos haces de luz penetran por un ventanuco junto a una silla. Alrededor de la silla, una superficie como hueca, recién barrida...

(14) Del portugués: los brujos.

Esto es cuanto recuerda Margot antes de bajar de nuevo por las escaleras. En realidad ella ni siquiera recuerda haber subido a las habitaciones de arriba, pero un olor a perro en su cuerpo, algunos pelos en su rebeca desabrochada, cuyos ojales no pueden tapar dos largos arañazos desde el ombligo hasta el relieve desnudo de los senos, le hacen pensar que estuvo allí antes, tendida en un lecho bajo el ventanuco, pero no puede acordarse. Tan solo siente celos de Priscila, al verse por el cuerpo los pelos del animal, celos de la vulva negra que rodea el clítoris enrojecido de la hembra y de lo que Vladimir estará haciendo con ella en este momento...

Las sombras de la noche posándose en las ramas de los abetos de Anatolsky, las estrellas en cinta, verticales, rodeando el disco ovalado de la montaña del color de las moras cuando entra el otoño... Los celos de Margot crecen durante la noche, tanto que no puede diferenciar las sombras a su alrededor. Aparece en su mente, de pronto, un caballo gris con manchas negras junto a unas yeguas que pacen en un prado cerca de los abetos de Anatolsky, de paso a la casa de las montañas. El sexo del caballo se advierte desde el coche donde viaja Margot, entre las patas grises del animal. Podría verse incluso desde el local donde, a poca distancia del prado, comienzan a trabajar las chicas al anochecer.

Como si Margot hubiera seguido a Vladimir y a Priscila hasta ese lugar, aparece por la puerta de atrás una atractiva mujer morena, que tiene una nariz puntiaguda, idéntica a la de Margot. La mujer que ha entrado al salón del local observa con veneno y lascivia, desde el extremo de la barra donde se encuentra, el rostro bello y sin arrugas de Vladimir mientras éste conversa con Priscila.

Luego Vladimir se vuelve hacia otra chica para poder mirar disimuladamente hacia el lugar donde se exhibe la desconocida. Trueca con

ella una mirada obscena hacia la puntiaguda nariz, pues es su nariz lo que desea estirar, para que el sexo de la mujer se abra en la posición de los perros. La desconocida, que ignora su verdadero nombre, sabe que Vladimir va a devorarla en cuanto tenga la menor oportunidad y por eso se relame compulsivamente alrededor de la boca, mojando, de vez en cuando, la punta de su lengua por la parte superior de los labios. Vladimir sigue conversando con otras mujeres distintas de Priscila sin dejar de intercambiar maliciosas y precavidas miradas con la desconocida...

Las personas que, como Margot, Vladimir o Priscila, han mantenido en algún momento de sus vidas prácticas sexuales con el diablo, conscientes o inconscientes, suelen ser víctimas de toda suerte de engaños en su razón y en sus experiencias. Así, Vladimir está siendo ahora engañado por Margot, quien está consumiéndose en su casa de las montañas a causa de los celos de Priscila y trata por todos los medios de retener la mente y el corazón del extranjero, utilizando para ello a una mujer, cuyos rasgos, disimuladamente transfigurados, permiten la acogida del huésped, el espíritu atormentado de Margot ardiendo en una hoguera alimentada sobre un montón de yesca. El disfraz es tan sutil, tan venenoso, que si el deseado varón viniera en este momento a gozar de la mujer del disfraz, ella le haría tanto daño que podría arrancarle los ojos, incluso matarlo.

El caballo, nómada en el viento, huye siguiendo los relámpagos de la noche que intentan introducirse por la chimenea de la cocina en la casa de Margot. Sólo Vladimir puede verlos en forma de demonios azules tratando de entrar por el techo de la casa, aunque no haya descubierto todavía el disfraz de su amante. Pronto lo descubrirá Vladimir y, entonces, podrá descargar, obstinadamente, sobre el cuerpo de la mujer todo el furor, la ira, el odio y los celos demoníacos que siente por el huésped.

Cuando abandona la estación de autobuses, Margot siente una ligera sensación de malestar acompañada de náuseas, pero pronto se recupera y se dirige a una de las avenidas adyacentes para coger un autobús urbano que la deje en la dirección que lleva anotada en el bolso. Pregunta al chófer desde las escaleras por la dirección y después pasa adentro buscando asiento. El autobús va casi lleno y atraviesa largas calles transitadas por gentes muy diversas: rubicundas y pecosas turistas que hablan despreocupadas en los parques, niños cogidos de la mano de su madre o de su institutriz, muchachas saliendo de la escuela, hasta turcos con los ojos entornados cuando se paran de frente en un semáforo; giran en una glorieta donde el sol golpea aplomado sobre una gran fuente con tritones de piedra, animada por un intenso tráfico. Al salir de la plaza giratoria, el autobús remonta una empinada cuesta cruzando varias manzanas de grandes edificios con espectaculares anuncios y llamativos rótulos publicitarios. Margot se apea en una de las paradas donde termina la cuesta y toma una calle, a la derecha, buscando de nuevo la dirección que ojea en un papel que tiene a la mano.

Media hora más tarde es pasada por una secretaria hasta un recibidor donde se encuentra sola, rodeada de cinco butacas en torno a su posición en el centro de la salita. Sin dejar de mirar en torno suyo no sabe qué hacer y prefiere apoyar el bolso en una de las butacas, pero, al hacerlo, encuentra sobre la butaca las piernas de un hombre vestidas por un pantalón, mientras ella misma se halla desnuda y el resto de las butacas aparecen ocupadas, cada una de ellas, por un hombre, todos ellos vestidos con traje y mirando hacia Margot completamente desnuda. Los hombres se le van acercando y comienzan a tocarla a su alrededor, manos diversas que palpan diferentes partes de su cuerpo.

De pronto se abre la puerta y vuelve a entrar la señorita que la acompañó hasta el recibidor. Tiene el cabello aplastado, recogido en un moño y viste una blusa y una falda pasadas de moda que le dan un aire antiguo y perverso, parecido a los muebles que adornan el recibidor. Pero las butacas donde Margot se veía rodeada de hombres con corbata, pantalón y camisa, algunos con la chaqueta prendida todavía, se encuentran ahora vacías...

Al salir Margot del inmueble bajando en un antiguo ascensor se encuentra nuevamente en la calle con el descenso de la tarde bajo sus pies, mientras camina hacia la parada de taxis en la proximidad del crepúsculo. Castaños amerindios plantados cerca de los ministerios la reciben cada diez o veinte pasos con un estruendo de pájaros zorzales, sobresaltados en las voluptuosas ramas. Un estornino de color azul oscuro emite un sonido agudo que se pierde muy lejos a través de los finos resortes acústicos de mi heroína y llega hasta el sotão donde Vladimir ha traído a una de sus amantes, Angelina, la mujer madura de cabellos rubios que vive al nordeste, a no más de siete leguas de la casa de las montañas de Margot.

Cerca también de allí, regresando por otra ladera, descendiendo por distintos pueblos hasta los prados, las manchas de trigo amarillean antes de que Ailda retire las cortinas del club para echarlas a lavar y poner otras limpias cuando abran. Sus ojos negros como estorninos se clavan en los de Vladimir cuando atraviesa la puerta al oscurecer como si quisieran expresar un grito en medio de una atmósfera interior con olores de tripas deslavadas por el agua que se tira a los perros en medio de las callejas. El horizonte va tiñéndose de un rojo azul en las montañas. Atraviesan cigüeñas los prados hacia el Noroeste y arlequines negros con colas de caballo viajan colgados de ellas por el aire, sin ser vistos, hacia las posesiones de Margot, llevando el grito de los ojos de Ailda

hundido en sus mejillas demacradas, el morado violeta del tafetán azul que al mediodía cubría los senos blancos y semidesnudos de Angelina, la costurera.

El viaje azulado de los estorninos sobre el fondo violeta de las cornisas blancas de la última Svetania. Cuando el atardecer es más puro, sobre los muebles del piso de arriba del club, Vladimir está poseyendo a la mujer baianesa¹⁵ en la que se ha transformado Margot para perseguirlos a él y a Priscila. De momento, Margot ha conseguido detener el viaje sin retorno de las bandadas de tordos hacia el país de los muertos. Ha detenido con sus propias manos el pulso de la tarde que ahora sujeta *Zuleima*^{**}, la mujer baianesa, apretando con intesidad el cuello de Vladimir mientras éste la penetra. Hay chillidos de pájaros recorriendo el aire por la ventana abierta, chillidos que le son familiares a Vladimir pero que no acierta todavía a reconocer. El viaje azulado de los estorninos se ha detenido en un fragmento de aire invisible delante de las puertas.

La mujer baianesa que acaba de poseer a Vladimir por segunda vez tiene los ojos grandes y abiertos como un pájaro. Se diría que es un pájaro, al menos esa es la forma en que Vladimir la percibe, contemplándola desde la cama cuando la mujer se está retocando en el espejo para volver a salir. La imagen de la mujer que el espejo devuelve a Vladimir es la de la misma Margot, sólo que Vladimir aún no la ha reconocido, pese a la familiaridad de sus cejas, de su nariz o de sus pestañas. Pero Margot sabe disimular incluso estos mínimos detalles que no han pasado desapercibidos del todo a Vladimir. Ella refiere que es de Bahía pero que vive en unas islas. Vladimir piensa en un río con palafitos de

(15) Baianesa. Natural del estado o región de Bahia, en la República Federativa del Brasil.

madera en las orillas y ramas amillaradas en el fondo del agua y en los pozos. Zuleima se ciñe a la cabeza un pañuelo rosa con motivos lunares y lo anuda para pintarse, igual que una gitana. Sus ojos siguen abiertos como los de un pájaro, opacos y glandulares, y una mueca demasiado familiar se desliza por los pliegues de la nariz hasta el borde superior de los labios por donde se está pasando el lápiz.

Alrededor de las montañas de Svetania ha vuelto a salir el sol que cae vertical sobre los arbustos y los montículos, sobre las yeguas híbridas, manchadas por una luz estancada cerca de los abetos de Anatolsky, como si codiciara todas estas cosas.

Margot en su encierro espera el regreso de Vladimir, demorado durante casi un mes, a causa de los celos. Ella piensa en la nieve en derredor de la casa y en Vladimir contando su dinero falsificado, ordenando, entre los baúles y los estantes de la pared del sotão donde vive prestado, los cuadernos en los que anota sus deudas y sus falsificaciones. Margot conoce muy bien el lugar donde se encuentra habitando Vladimir, pues no en vano se trata de la habitación donde ella misma, siendo adolescente, cuando vivía con su madre en Bolarna, solía masturbarse sentada en una silla, viéndose a sí misma, rodeada y acompañada de hombres como si estuviera delante de un espejo.

El sotão donde ahora Vladimir está a punto de enloquecer por causa del constante ladrido de los perros, que ha aparecido estos días en las inmediaciones del vecindario, a ciertas horas, está poblado de fantasmas imaginarios.

Como en un trueque de habitaciones Margot sólo es capaz de recordar el sotão desnudo, vacío, sin ningún tipo de mueble, solamente la silla y, a su mano derecha, al fondo, un ventanuco por el que asciende la luz hacia la techumbre. A veces cree recordar una escalera por la que se accede a una trampilla cerrada, a través de la cual entran haces de luz o simples reflejos de estrellas que caminan de puntillas durante

la noche. Margot no sabe exactamente qué se oculta encima de la trampilla, puede que un falso techo o un pequeño corte en el que se guardan animales.

Los sotâos donde duerme Vladimir, pues Margot no permite que duerma en otros lugares, tienen la misma soledad de «su cosas» porque nadie puede verlas, salvo Margot, que me pertenece¹⁶. Son las cosas de Vladimir que sólo ella puede ver las que excitan su atormentada curiosidad o sus embotados sentidos cuando no ha recibido suficiente placer.

Hay un poso de promiscuidad en los ojos de Vladimir esta noche como si un rayo penetrara rodeado de una falange de demonios a través de una espiral y se colase de nuevo por la chimenea resquebrajada de la casa de Margot o descendiera femeninamente desde el ático por las escaleras convertido en una falsa diablesa de ojos azules. Vampirezas, sí, vampirezas... Muchas eran capaces de mentir, sabían inventar necesidades y Vladimir lo sabe, perfectamente, desde que conoció a Débora, en su primer exilio, y, algunos años más tarde, a la adúltera Alexandra, durante los meses que permaneció en Crimea bajo las órdenes, siempre secretas, de los servicios de inteligencia soviéticos. Eran capaces de mentirle, sin sonreír siquiera. Pero Vladimir tiene sueño, un sueño pesado que se posa como una densa niebla, donde sólo se distingue el ladrido de los perros, un espumoso ladrido, cortante, como la rabia de una mordedura.

Dos veces mordió la víbora a Vladimir siendo pequeño y aun otra vez más volvió a morderle, al hacerse adulto, a la edad de diecinueve años. Otras dos veces, al menos, había llegado a matar a una persona, con plena conciencia me refiero, porque durante la guerra las circuns-

(16) Nassáev, en su personal estilo poético, hace alusión de nuevo a Margot como protagonista de su novela.

tancias obligan a muchos actos atroces, no siempre selectivos, necesarios para salvaguardar la propia vida y la buena marcha de la guerra. Con todo, esto es algo que ocurrió en el pasado, antes del exilio, cuando era todavía un hombre sin porvenir. Porque ahora tenía un porvenir. Se había convertido en un falso seductor con sorprendentes habilidades, bien aprendidas, para amaestrar a cierta clase de hembras, enseñarles perversiones y curiosidades sobre sí mismas, peligrosas y, a veces, inapropiadas direcciones para los sentidos... Le gustaba dejarse llevar, arrastrarse por ellas en lo que las exponía. Pero no se intranquilece el carísimo lector ni busque sacar conclusiones arriesgadas o precipitadas, porque Vladimir no era un verdadero asesino, ni tan siquiera un proxeneta, ni mató a tantas esposas como Barba Azul. Tampoco matará a ninguna de las chicas de esta novela por un sencillo impedimento «ético» del autor. Y si esto último le hace pensar a mi atribulado lector que Vladimir no era un ser real, no se equivoca, puesto que Vladimir sólo existía de verdad en el corazón aprisionado de Margot. Y las mujeres que se unían a él tampoco eran verdaderamente «reales» porque se unían en diabólicos lazos a un ser irreal.

Pero lo que importa ahora, de verdad, es lo que mi protagonista, la aventajada y bella Margot sentía cuando sus celos eran reales o por cosas que sucedían realmente. *«¿Qué haces que no estás meneando el culo allá abajo, cariño? ...Y recuerda que tu cena son hombres, no cenas. Si vuelves a pedirme una cena no te la traeré. ¿Comprendes?»* Aquel lenguaje de Vladimir que hablaba vertiginosamente la lengua del país de Margot, cuando imponía su estilo, no la del país de los choles¹⁷ ni la lengua de los gitanos, sino la propia lengua de Margot, afrancesada, vulgar cuando subía el tono... Aquel súbito lenguaje de Vladimir dirigido a otra mujer era algo que,

(17) En la jerga antillana son las pequeñas bandas de jóvenes delincuentes o ladrones. Es posible que tenga su origen, según el autor, en el papiamento que se habla en *Curaçao* y otras islas.

cuando irrumpía de forma improvisada en la mente de Margot, la hacía llorar. Pero, ¿lloraba de verdad o se reía...?

Vladimir yace recostado en una butaca circundado por las sombras de las paredes del sotão. Por el ventanuco se divisan como desde una trastienda las azoteas y los hoteles de la ciudad emergiendo nocturnamente de un desvencijado cuadro portuario de época victoriana, el fondo empañado de azul oscuro, envuelto en una ligera bruma que viene de las montañas de Svetania. El guijarro naranja de la luna, ensombrecido por las brumas, se hundía detrás de las montañas cuando acompañó a Vladimir durante su regreso la última noche que vio a Priscila desde el cuarto de las diablesas que habían entrado por la chimenea de Margot. En realidad, una de ellas seguía siendo la propia Margot que no había cambiado su disfraz, al no sentirse reconocida todavía por el extranjero. Pero el extranjero parece sospechar algo de ella mientras le entrega la cena en la hora acordada, acompañados por las dos vampiresas que entraron en la habitación siguiéndola.

La mujer baianesa que sedujo a Vladimir conserva intactos los ojos de pájaro inyectados en sangre que traen *el espíritu de los muertos*¹⁸ por los ventanales abiertos, extraviados en el fondo de una fotografía lijada, hurtada debajo del polvo avejentado de los muebles. Los mosquitos siguen entrando, a medida que avanza la primavera, seccionando la piel de las gatas que duermen acostadas debajo de los techos, junto al baúl de Vladimir.

La culebra fue devorada por el halcón o quizás el halcón fue alcanzado primero por el veneno de la culebra, pues sus plumas permanecen junto a la piel del ofidio, resquebrajada y estirada por el calor de la mon-

(18) En portugués, como aparecía en el original, *espírito dos mortos*.

taña. Mientras tanto Margot finge la copulación con un hombre, al tiempo que acaricia las tetas de una perra subida a la cama. El hombre la toca y la penetra mientras Margot sigue acariciando por debajo las tetas de la perra.

Los sicarios que persiguen a Vladimir no duermen y, pese a ello, tan sólo pueden acercarse al extranjero. Alguien o algo lo protege. Él los presiente como un ruido de pasos o botas en la niebla nocturna que se esfuma cuando sube a los techos. Allí no puede ser alcanzado por los sicarios, sólo por la culebra, cuyos sesos aplastados siguen rechinando en sus oídos igual que el enloquecedor ladrado de los perros al llegar la noche.

Margot tampoco duerme. Sigue acariciando su solitaria perra en la casa, para que la oiga Vladimir ladrar junto a los otros perros. Pero el hombre que acompañaba a Margot en la cama ya se ha ido y ahora está sentada ella sola, con la perra en los brazos, sin vestirse siquiera, mientras se repinta los labios con una mueca soez y altiva, a la vez, admirando su belleza sardónica delante de un espejo ovalado sobre la tarima desnuda. Suelta a la perra de los brazos y deja que vaya a echarse a la cama para poder levantarse y terminar de vestirse.

Vladimir, como si oyera los pasos de ella por el corredor que da al patio donde duermen los perros, se acurruca junto al baúl del sotão donde está escondido desde hace días para no oír el llanto de los perros ni las voces ocultas de los sicarios debajo de las tablas del pasillo.

Margot presiente a la perra cerca de él. Sabe que es rubia. No sabe que su nombre es Angelina, pero la presiente cuando acaricia las tetas de la perra debajo de él. Sabe que ella llegará pronto y que él, el extranjero, la estará esperando con unas medias marrones para resaltar el cruce entre perra y mujer que hay en la parte superior de sus nalgas. El perro está lamiendo descuidadamente los orificios de Margot, azuzado por el olor rancio y mezclado que viene de la zona del vientre de su

dueña. Ha estado a punto de tirar la gaveta al subir de nuevo a la cama, pero no puede resistir el olor de sus jugos y acerca su hocico hasta los orificios que ella le está abriendo con los dedos.

Margot quiere recordar un cuarto con una cama destartalada y una mesa con una jarra de agua, al que Vladimir la llevó una vez, aunque no recuerda cuándo, pero sí la presencia de un hombre que ellos saben que está cosiendo zapatos en el cuarto contiguo...

A continuación, cuando Vladimir la está penetrando sobre la cama destartalada y mugrienta, llenando su vagina hinchada y, luego, su boca coloreada aún con vetas rojas de carmín, la puerta se entreabre...

El impostor que, acto seguido, entrará al cuarto vacío y cuyo sexo se tragará Margot, glotonamente, junto al de Vladimir, no es más que una quimera que unas prodigiosas agujas horizontales sostienen sin que Margot se dé cuenta.

El cuarto desaparece de pronto y el contagio se extiende por la llanura hasta los restos de lava que aún existen en los bordes de algunas cumbres de las últimas montañas de Svetania.

Ahora Vladimir está seguro de que Margot ha estado con ellos, con los sicarios quiero decir. Ahora, cuando los perros han dejado de ladrar. Hay un largo silencio en las puertas escombradas. Vladimir aguza su oído desde el sotão tratando de seguir el silencio de los perros, un mísero rastro de sus aullidos o de sus gemidos que le haga pensar que se equivoca. Los perros han terminado de ladrar a esa hora y no se trata de una simple «asociación de ideas», previa o posterior al desconcierto que le provoca el sueño. Los perros acaban de ladrar a esa misma hora en que ella siempre regresa a casa, y ni siquiera un latido... Vladimir, en su pesadilla, quiere confundir el ruido de los coches con el llanto lloriqueante de los animales. Pero en su posición, debajo del sotão, ha dejado de oírlos...